



LETRAS, NÚMEROS, ROSAS... EN LAS *TABLAS DE SANGRE* DE RIVERA INDARTE

Emiliano Sued
(Universidad de Buenos Aires)

Resumen. En el largo y finalmente victorioso relato contra Juan Manuel de Rosas –hecho de páginas periodísticas, literarias y ensayísticas–, las *Tablas de sangre* (1843) de José Rivera Indarte tuvieron una participación significativa, actualmente poco conocida y olvidada. Las *Tablas* son una suma cuyo resultado final es 22.030. Esta cifra expresa la cantidad de muertes que Rivera Indarte le atribuye al gobernador de Buenos Aires. Los nombres de las víctimas aparecen ordenados alfabéticamente, siempre precedidos de un texto que explica las circunstancias de su muerte. Sin embargo, este ordenamiento habilita varios puntos de fuga, entradas que se diferencian del ítem predominante, y de ese modo extienden las fronteras de las tablas y les dan un inesperado aspecto enciclopédico. Mediante esta larga lista de sustantivos propios o comunes, acompañados de un texto que explica su inclusión o define el término, Rivera Indarte pretendió *enseñar* el universo de la barbarie rosista.

Abstract. In the long and finally victorious story against Juan Manuel de Rosas –made of journalistic, literary and essay pages–, the *Tablas de sangre* (1843) by José Rivera Indarte had a significant participation, currently little known and forgotten. The *Tablas* are a summation whose final result is 22,030. This figure expresses the number of deaths that Rivera Indarte attributes to the governor of Buenos Aires. The names of the victims are listed alphabetically, always preceded by a text that explains the circumstances of his death. However, this arrangement enables several vanishing points, inputs that differ from the predominant item, and thus extend the boundaries of the tables and give them an unexpected encyclopedic aspect. Through this long list of proper or common nouns, accompanied by a text that explains its inclusion or defines the term, Rivera Indarte aimed to show (and teach) the universe of Rosista barbarism.

Palabras clave. Tablas, Sangre, Rosas, Barbarie, Mártires

Keywords. Tables, Blood, Rosas, Barbarism, Martyrs

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata
Articolo ricevuto: 20/05/2018 * Articolo accettato: 03/07/2018

I

En el capítulo XIV de *Facundo*, D. F. Sarmiento enumera: «tradiciones, costumbres, formas, garantías, leyes, culto, ideas, conciencia, vidas, haciendas, preocupaciones; sumad todo lo que tiene poder sobre la sociedad, y lo que resulte será la suma del Poder Público» (Sarmiento, D. F. 2000: 252). En 1843, dos años antes de la publicación del *Facundo*, y ocho años después de que Juan Manuel de Rosas obtuviera semejante autoridad, José Rivera Indarte había decidido responder a esa suma con otra suma. Sus *Tablas de sangre*¹ son un compendio de algunos de los hechos narrados y analizados en *Rosas y sus opositores* y una *sumatoria* cuyo resultado final es 22.030. Esta cifra expresa la cantidad de muertes que Rivera Indarte le atribuye al gobernador de Buenos Aires. Sin importar cuán indirecta pueda ser su participación, sin importar si se trata de los caídos en una batalla iniciada por sus opositores, y sin importar que en esa batalla hayan muerto más soldados propios que enemigos, de todas esas muertes, para Rivera Indarte, el verdadero responsable es Juan Manuel de Rosas.

En 1842, Rivera Indarte escribe lo que podríamos llamar la versión anterior de las *Tablas: Efemérides de las matanzas y los degüellos de Rosas*. El orden calendarista de este primer texto será sustituido al año siguiente por el orden alfabético: los muertos que antes ocupaban una posición de acuerdo con su fecha (mes y año) de muerte, en el texto del 43 aparecen ordenados a partir de la primera letra de su apellido. Si nos preguntáramos qué promueve este cambio, una primera hipótesis estaría vinculada con las posibilidades que habilita el orden alfabético, en comparación a las que brinda el calendario. Por singular o extraña que pueda resultar una entrada de un texto (llámese tabla, lista, catálogo, diccionario, enciclopedia, etc.) compuesto por elementos que han sido ordenados alfabéticamente, es indiscutible que todo aquello que quiera ser incorporado solo demandará tener un rótulo o que, en su defecto, se lo rotule *ad hoc*; así ingresan a la tabla elementos que difícilmente puedan ser fechados, como por ejemplo *Resbalosa*, ubicado a continuación de *Raya* (un apellido) y antes de *Reynoso* (otro apellido)².

¹ Publicadas inicialmente en *El Nacional* de Montevideo durante agosto de 1843, y luego como parte final del libro *Rosas y sus opositores*, en noviembre del mismo año.

² En el «Prefacio» de *Las palabras y las cosas*, en relación con «El idioma analítico de John Wilkins» de Borges, Michel Foucault señala: «Lo que viola cualquier imaginación, cualquier pensamiento posible, es simplemente la serie alfabética (*a, b, c, d*) que liga con todas las demás a cada una de estas categorías» (Foucault, M. 1999: 2). De acuerdo con Peter Burke, «el orden alfabético había sido utilizado por primera vez en el siglo XI en la enciclopedia bizantina conocida con el título de *Suidas*» (Burke, P. 2002: 239). Resistido durante siglos, el orden alfabético, que se oponía a la organización temática, se convirtió en práctica cada vez más frecuente durante el siglo XVII. Este cambio, señala Burke, «no representó simplemente un desplazamiento de menor a mayor eficacia. Podría reflejar un cambio en las visiones del mundo, una pérdida de fe en la correspondencia entre el mundo y la palabra» (Burke, P. 2002: 240). Podemos suponer que Foucault estaría de acuerdo con esta idea,

El texto correspondiente a dicha entrada dice: «Suplicio inventado por Rosas. La víctima amarrada de los brazos y completamente desnuda es tomada por sus asesinos, que le van siguiendo, con un cuchillo o sierra desafilada, los compases de una canción brutal y obscena, sobre la garganta del paciente, lentamente y en medio de brutales vivas, hasta separarle la cabeza del tronco» (Rivera Indarte, J. 1945a: 68). Esta definición, que no aporta a la suma –y que, a diferencia de la de Ascasubi en «La refalosa» o la de Sarmiento en su carta de «Montevideo», (*Viajes*) no explica el porqué del nombre–,³ insinúa la intención de darles a las tablas una superficie enciclopédica. El texto cumple con los parámetros estilísticos de un diccionario o una enciclopedia, y, desde el punto de vista de la sintaxis, se ajusta a la de la mayor parte de las entradas, en las que predomina la voz pasiva y Rosas es el principal complemento agente. Es decir que el ordenamiento alfabético, quizá no del todo explotado (o explotado de manera poco consecuente) por Rivera Indarte, acoge el índice de víctimas o sumandos, al mismo tiempo que habilita algún que otro punto de fuga que extiende o pone en crisis las fronteras de las tablas de *la sangre derramada por culpa de Rosas*. Como si la sangre, más que la rígida y sólida tabla, fuese el medio voluble que puede contener la heterogénea totalidad de los nombres que habilitan una referencia a la larga serie de crímenes o faltas cometidas por Rosas y sus aliados o seguidores.

Además de los apellidos de las víctimas, encontramos los de algunos victimarios (por ejemplo, *Aldao* y, entre paréntesis: «Teniente del degollador Rosas, fray Félix»); los de testigos que declaran lo que han visto u oído respecto de alguna muerte; nombres de meses, que sirven para recordar acontecimientos que, en algunos casos, exceden el período gubernamental de Rosas y nos remiten a sus años de juventud; lugares donde se libran batallas, combates, guerrillas y otras acciones militares, o donde, sin enfrentamientos, tienen lugar fusilamientos o diversos crímenes, como en *Santos Lugares* y *Barranca Yaco*; periódicos y otros textos, como circulares; otros apellidos que, sin ser el de alguna víctima pero sí el de alguien que tenía alguna relación con ella, brindan la posibilidad de nombrar y sumar a un N.N.; instituciones que han sido cerradas (*Hospitales*, *Universidad* y *Huérfanos*); oficios u ocupaciones que permiten

dado que en el capítulo III de *Las palabras y las cosas* la falta de correspondencia entre los términos que el título reúne constituye una de sus hipótesis de lectura de *Don Quijote de la Mancha*. Por otra parte, resulta oportuno mencionar que el ordenamiento alfabético de las *Tablas* no considera todas las letras de cada palabra; en muchos casos solo las dos primeras, y en otros pocos observamos, por ejemplo, que *Agüero* sucede a *Avellaneda*, o *Minas* a *Molino*. Aunque esta forma de ordenar ya resulta extraña para el siglo XIX, podríamos agregar lo señalado por Walter Ong: «Durante mucho tiempo, los índices se hacían sólo por las primeras letras, o, más bien, por los primeros sonidos» (Ong, W. 1993: 124).

³ Para Sarmiento es el cuchillo el que *resbala* sobre el cuello del paciente; en cambio, para Ascasubi la que resbala es la víctima, en su propia sangre, luego de ejecutado el degüello.

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata

Articolo ricevuto: 20/05/2018 * Articolo accettato: 03/07/2018

nombrar a un grupo de víctimas cuyos nombres se desconocen (*Pescadores*); *Ezcurra* (entre paréntesis: «La Encarnación»), que da lugar al relato de los abusivos requisitos decretados por Rosas como señales de luto por la muerte de su esposa, y los correspondientes castigos para aquellos que los incumplieran; y la poco categorizable *Sorpresa*, que remite a la desafortunada circunstancia militar sufrida por Lavalle, *sorprendido* por el enemigo en Terezún, con la fatal consecuencia de 28 «patriotas» (los del bando enemigo serán «soldados de Rosas») muertos. En síntesis, una larga lista de sustantivos propios o comunes y un texto que justifica su inclusión, mediante los cuales Rivera Indarte pretende *enseñar* el universo de la barbarie rosista.

Sobre el final de *Rosas y sus opositores*, el autor presenta las *Tablas* como el complemento estadístico que, luego de calcular las pérdidas económicas originadas por «los robos y dilapidaciones» de la administración rosista, permitirá sopesar las pérdidas que la Argentina «ha sufrido en sangre humana» (Rivera Indarte, J. 1945b: 244). Sumar, poner en números, es lo que destaca Bartolomé Mitre cuando dice que en las *Efemérides* y las *Tablas* Rivera Indarte «ha demostrado a la Europa en guarismos, que Rosas fusila, degüella, envenena, asesina y mantiene y ha mantenido siempre estos países en perpetua guerra civil» (Mitre, B. 1853: XLII).⁴ Además del crédito de que gozan los números, en esa misma presentación de las *Tablas*, Indarte procura reforzar su fiabilidad dando a conocer lo que puntualmente se está contabilizando y las fuentes de las que se abastecen los cálculos: «Hemos formado, pues, tablas alfabéticas de la sangre derramada, por orden de Rosas, comprendiendo en ellas sólo víctimas muertas a hierro o a fuego, cuyos sacrificios constan en documentos oficiales o de relación dada por testigos dignos de fe» (Rivera Indarte, J. 1945b: 244). Basta hojear las tablas para notar que algunos de los enlistados no murieron ni a hierro ni a fuego (don Juan Cladellas es ahogado en un baúl); y si nos detenemos en el «Resumen total de las tablas» vemos que uno de los ítems es «Envenenados» y que, después de los degollados y fusilados, llegan los ¡asesinados!, lo que habilita el recuerdo de la enciclopedia china comentada por Borges en «El idioma analítico de John Wilkins», donde en la clasificación de los animales, a continuación de los pertenecientes al Emperador, los embalsamados, los amaestrados, los lechones, las sirenas, los fabulosos y los perros sueltos, vienen «los incluidos en esta clasificación» (Borges, J. L. 1998: 158).

Las *Tablas de sangre* gozaron en el siglo XIX de fama dispar. Para trazar un perfil psicológico de Rosas, Ramos Mejía (*Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*) utiliza los textos de Rivera Indarte (fundamentalmente

⁴ La primera edición fue impresa en Montevideo en 1845, poco después de la muerte de Rivera Indarte, ocurrida el 19 de agosto de 1845 en la isla brasileña de Santa Catarina.

Rosas y sus opositores, cuyas páginas son, en buena medida, una versión más desarrollada de las muertes y los acontecimientos más notables que registran las *Tablas*) como fuente de información y respaldo documental de sus observaciones sobre la personalidad del gobernador de Buenos Aires. Otra muestra de confianza a lo que las *Tablas* afirman parece darla Félix Frías en *La gloria del tirano Juan Manuel Rosas* (1847); en primer lugar, porque cita un fragmento para dar cuenta de las jornadas criminales acometidas por el rosismo durante los meses de octubre de 1840 y abril de 1842. En segundo lugar, cuando señala:

Las *Tablas de sangre* publicadas por Rivera Indarte en Montevideo, han sido tachadas de inexactas por escritores de Rosas en Buenos Aires, y por los pocos que fuera del país le consagran su ignominiosa devoción. Afirman esos escritores, que viven aún muchos de los mismos que aparecen fusilados en aquellas listas. ¡Ojalá fuera así! Pero lejos de eso, los emigrados que residen en este país, saben que no han sido anotados en ellas los nombres de personas, cuya muerte por orden de los satélites del tirano, les es conocida. (Frías, F. 1945: 22)

Podríamos decir que defiende la veracidad de las *Tablas*, pero además de señalar una falta –las *Tablas* se quedan cortas–, reproduce la opinión de los rosistas, lo que sobre ellas se dice en el bando enemigo. Hay inexactitudes, algunos vivos estarían pasando por muertos, es decir que Indarte estaría falsificando víctimas. Y entre aquellos que acusan, uno de los que más se ocupa del tema es Nicolás Mariño, un enemigo personal de Rivera Indarte, el jefe del cuerpo de serenos de Buenos Aires y redactor de la *Gaceta Mercantil*, despiadadamente denostado en el capítulo trece de *Rosas y sus opositores* («Nicolás Mariño. – Lo que era, lo que ha sido y lo que es»)⁵.

En *Historia de la Confederación Argentina*, Adolfo Saldías releva las denuncias de Mariño contra la información vertida en las *Tablas*. La intención del historiador es presentar a Rivera Indarte como un propagandista de barricada, audaz y poco escrupuloso, afiebrado por un odio que dictó casi todos sus escritos y que se mantuvo constante durante toda su militancia política: primero como federal y luego como unitario, siempre fanático. Pero hay algo más: para abordar de manera parcial su polémica con Mariño, se ocupa de los antecedentes de Rivera Indarte como falsificador. En los primeros años de la

⁵ Lo más interesante es que además de señalarlo como el «ejecutor principal de los asesinatos de Rosas» y ocuparse detalladamente de «su furibunda propensión al robo», destaca su inconsecuencia política: «No medió signo de vida política hasta el 1° de Diciembre [de] 1828, en que daba entrañables abrazos de felicitación a todos los estudiantes, unidos con vínculos de parentesco a los revolucionarios» (Rivera Indarte, J. 1945b: 6).

década de 1830, siendo redactor de la *Gaceta Mercantil*, se involucra en una disputa política uruguaya que enfrentaba a Santiago Vázquez, gobernador de Montevideo, y al general Lavalleja, representante de los llamados anarquistas. Habiendo tomado partido por el primero, falsifica unas cartas y se presenta ante el general Zufriátegui en calidad de agente de Lavalleja con la intención de cobrar una suma de dinero destinada a la revolución. Narrado este episodio, que a Indarte le cuesta un año de destierro (que decide pasar en Montevideo), Saldías observa:

[las] *Efemérides* comprenden desde el año 1829 hasta el 31 de octubre de 1842; y al publicarlas sucesivamente en *El Nacional*, Rivera Indarte englobaba en ellas, como otros tantos crímenes de Rozas, las que se referían a los individuos que en ese lapso de tiempo fueron condenados por delitos comunes a la pena ordinaria de muerte, y a los que murieron durante la guerra civil que se inició sin cuartel en las provincias argentinas a partir del fusilamiento del gobernador Dorrego ordenado por el general Lavalle. (Saldías, A. 1967: 426)

Y más adelante sostiene que, con la intención de demostrar a los extranjeros, fundamentalmente a las grandes potencias europeas, que el gobierno de Rosas estaba cometiendo los crímenes más terribles, «Rivera Indarte varía el asunto de sus efemérides en *tablas alfabéticas*, que transcribe y refuta una por una *La Gaceta Mercantil*» (Saldías, A. 1967: 427). Entre las refutaciones del periódico rosista citadas por Saldías, transcribo esta, del 31 de agosto de 1843:

El pretendido degüello de don Fermín Arriaga por orden del general Rozas, es absolutamente falso. Ese ciudadano fue asesinado en la campaña en la época de Lavalle. *N. Abad*: A ningún Abad [el primero de la lista] se ha fusilado por orden del gobierno ni en abril de 1842, ni antes ni después. Miente *El Nacional* como de costumbre. – *Don José Aldao*: vive en esta ciudad: no ha muchos días que hemos estado conversando con él sobre la necrología y asesinato con que lo favorece *El Nacional*. – *Juan Bautista Viguá*,⁶ que según *El Nacional* ha sido asesinado por las crueles diversiones del general Rozas, está bueno y muy robusto en la casa del general Rozas. (Saldías, A. 1967: 427-428)⁷

⁶ A diferencia de lo que ocurre con los otros nombres, el de Juan Bautista Viguá (el Padre Viguá en *Amalia* de José Mármol) no forma parte de las *Tablas de sangre* publicadas como libro a fines de 1843.

⁷ En el capítulo 90, «Tablas de sangre», del libro *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*, Pacho O'Donnell cuenta: «Las potencias europeas necesitaban buenos pretextos para la *intervención* rioplatense. Por

Si las respuestas de Mariño, que Saldías reproduce para demostrar la poca fiabilidad de las denuncias de Indarte y terminar de presentarlo como un libelista poco escrupuloso, poco preocupado por la verdad y afecto a la falsificación, no fuesen suficiente prueba para negarle todo estatuto documental a las *Tablas*, hay una ausencia u omisión que merece ser considerada. En julio de 1857, la Cámara de Representantes de Buenos Aires sanciona la «Ley sobre enjuiciamiento de Juan Manuel de Rosas», declarado reo de lesa patria por la Asamblea General Legislativa del Estado. En diciembre de 1861 llega la sentencia final, por la que Rosas es condenado a la pena ordinaria de muerte con la calidad de aleve. En la reproducción de la «Causa criminal y sentencia de muerte contra Juan Manuel de Rosas»⁸, entre los argumentos presentados por jueces y fiscales, las declaraciones de los testigos y los documentos utilizados como prueba (entre otros, las famosas clasificaciones hechas en el campamento de Santos Lugares y un decreto de Rosas del 31 de octubre de 1840, publicado en la *Gaceta Mercantil* el 4 de noviembre del mismo año), no hay un sola referencia –explícita– a las *Tablas* (o a las *Efemérides*) de Indarte.

En la segunda parte de *Conflicto y armonías de las razas en América* (escrita durante la década del 80 y publicada como obra póstuma en 1900), Sarmiento toma distancia de las *Tablas* de Indarte en dos oportunidades. En el capítulo «Los caudillos», cuando le toque el turno al más importante de la Banda Oriental, dirá: «No hemos visto los panfletos contemporáneos de Cavia sobre Artigas, que deben adolecer de las exageraciones de las *Tablas de sangre* de

ejemplo, algún documento que reforzara la imagen sanguinaria que Juan Manuel de Rosas se había ganado con sus excesos, hábilmente exagerados y propagandizados por sus enemigos de Montevideo. Florencio Varela encargó su confección al escriba José Rivera Indarte. [...] En 1843 se le encargan las *Tablas de sangre*, inventario de las atrocidades atribuibles al Restaurador. Los partidarios de Juan Manuel, citando el *Atlas* de Londres del 1° de marzo de 1845, en artículo reproducido por Emile Girardin en *La Presse* de París, afirman que la casa Lafone & Co., concesionaria de la aduana de Montevideo habría pagado la macabra nómina a un penique el cadáver. [...] La casa Lafone & Co., financista de las *Tablas de sangre*, era materialmente dueña de Montevideo: en 1843 había comprado las rentas de la Aduana hasta 1848, lo que significaría una gran ganancia si el puerto de Buenos Aires fuese bloqueado por potencias extranjeras decididas a imponer “orden y civilización”» (O'Donnell, P. 2005: 267-268).

⁸ En *Proceso criminal contra Rosas ante los tribunales ordinarios de Buenos Aires* (Riestra, J. 1955). El resumen numérico que facilita Juan Silva Riestra –prologuista de esta reedición– resulta interesante para la comparación con los cálculos hechos por Rivera Indarte: «El extenso fallo, ceñido a la terrible verdad de los hechos probados y ajustado a la ley, arroja doscientos ochenta y cinco muertos por orden de Rosas, entre civiles, sacerdotes, militares, hombres, mujeres, niños; vecinos pacíficos o prisioneros de guerra; gentes humildes y pobres o *ricos que se titulan decentes*; ciudadanos cultos o *seis indios por tentativa de fuga*; muertos todos por fusilamiento, por degüello, a lanzazos, en sus casas, en las calles, en sus despachos oficiales, en los templos, en los campamentos, falsamente imputados de ser criminales o *por vagos* o *por salvajes unitarios* o *por hablar mal de su Excelencia* y también sin ninguna indicación de motivos» (Riestra, J. 1955: 14-15). Si a los números de las *Tablas* les restamos los «Muertos en acciones de armas» y los muertos «según cálculo muy bajo, en escaramuzas y persecuciones que han precedido a las batallas y combates generales [...], fusilados y lanceados por deserción...» tenemos un subtotal de 5.884 muertos (Rivera Indarte, J. 1945a: 89).

www.revistaelhipogrifo.com

Rivista Semestrale di Letteratura Ispanoamericana e Comparata
Articolo ricevuto: 20/05/2018 * Articolo accettato: 03/07/2018

Rivera Indarte...» (Sarmiento. D. F. 1900: 145); y en las «Conclusiones», cuando llegue la hora de estimar el número de caídos durante la larga batalla entre unitarios y federales: «sin seguir las tablas de sangre de Rivera Indarte, veinte mil hombres murieron peleando ó muertos á veces por cientos y por millares muertos despues del combate» (Sarmiento, D. F. 1900: 427). Sarmiento procura que su versión de los hechos no se contagie de los excesos de la de Indarte. Podríamos pensar que, décadas después de la caída de Rosas, la exageración –de la que también, según Valentín Alsina⁹, adolecía el *Facundo*– ha perdido parte de su sentido, se ha vuelto un arma discursiva un tanto inadecuada para el relato y el análisis históricos¹⁰.

Por otra parte, aunque la verdad de las *Tablas* haya podido ser refutada con acierto por los partidarios de Rosas, y aunque quizá no hayan gozado, entre los opositores al rosismo, de suficiente credibilidad para ser consideradas un documento probatorio de sus crímenes, algunos escritores del siglo XIX encontraron en ellas un acervo, un archivo, un depósito de barbarie que proveyera información, brindara un punto de referencia, respaldara alguna afirmación, completara algún relato o, probablemente, lo inspirara. En síntesis, estaríamos hablando de un *libro de consulta*; un texto que por su contenido y, fundamentalmente, por su organización alfabética no estaba destinado a ser leído de forma continua, es decir, de la primera a la última página¹¹.

En una nota al pie de *Rosas: genialidades y anécdotas del tirano*, Federico Barbará nos recomienda que veamos («véase») las *Tablas de sangre* porque «explicarán mejor que nosotros las atrocidades de los federales» (Barbará, F. 1948: 61). Y aquí dos detalles: el primero es el lugar que ocupan las *Tablas* en la geografía de la página: la nota al pie. Allí mismo, desde donde pareciera que mejor participan, volverán a aparecer cuando Juana Manso, en *Los misterios del Plata* (1846), luego de citar un fragmento de un poema de Indarte, haga una

⁹ En la segunda de las notas que en octubre de 1850 Valentín Alsina le envía a Sarmiento a propósito de *Facundo*, leemos: «le diré que en su libro, que tantas y tan admirables cosas tiene, me parece entrever un defecto general – el de la exageración: creo que tiene mucha poesía, sino en las ideas, al menos en los modos de locución. Usted no se propone escribir un romance, ni una epopeya, sino una verdadera *historia* social, política y hasta militar a veces, de un período interesantísimo de la época contemporánea. Siendo así, forzoso es no separarse en un ápice –en cuanto sea posible– de la exactitud y rigidez histórica, y a esto se oponen las exageraciones» (Alsina, V. 2009: 280).

¹⁰ Resulta una curiosidad relevante que en la edición francesa de *Argirópolis*, publicada en París en 1851, las *Tablas de sangre* de Rivera Indarte formen parte de un «Bulletin bibliographique sur les affaires de la Plata».

¹¹ De acuerdo con Peter Burke, durante el comienzo de la edad moderna, el acelerado desarrollo del conocimiento y su correlato editorial, esto es, la abrumadora aparición de libros que lo contenían y divulgaban, promovió la aparición de ciertos libros que presentaban «una organización que por sí misma se oponía a todo intento de lectura continua, de principio a fin: por ejemplo, los diccionarios, los atlas, los catálogos (de estrellas, plantas o libros), las antologías de máximas o proverbios como el libro que hizo famoso a Erasmo, los *Adagia*, o las mismas enciclopedias», que acentuaron su condición de libro de consulta durante el XVIII, cuando lentamente comenzó a imponerse la organización alfabética del contenido (en el prefacio de la *Encyclopaedia Britannica* de 1771 se criticaba la *Encyclopédie* por haber adoptado dicho sistema) (Burke, P. 2002: 238).

llamada para presentar al poeta y mencionar sus *Tablas*. El segundo detalle es que Barbará no menciona a Rivera Indarte; dos hipótesis al respecto: no era necesario, o las *Tablas* pueden ser consideradas una obra colectiva, como lo es el *Facundo* para Alberdi.

Porque muchos de los relatos sobre las muertes y otros acontecimientos registrados en las *Tablas* circulaban por las calles de Montevideo, las de Buenos Aires y la campaña, si no contamos con una mención explícita, resulta muy difícil demostrar que las *Tablas* hayan sido fuente de información o de inspiración para otros escritores. Sin embargo, resulta una coincidencia relevante que, por ejemplo, la entrada correspondiente al coronel Francisco *Linch* dé cuenta del episodio histórico aprovechado por Mármol para dar comienzo a la historia de *Amalia* (1851; 1855). Si las *Tablas* no tuvieron ninguna participación en la construcción de este primer capítulo, la omisión del nombre del autor en la nota al pie del texto de Barbará podría leerse como una confirmación del carácter colectivo del texto de Indarte, hecho en su mayor parte de relatos orales más o menos contaminados por la propia serie (*los crímenes y las crueldades de Rosas*), o presuntamente falsos. En un momento en que «El matadero» de Esteban Echeverría es un manuscrito todavía desconocido y bastante reciente¹², y «la ficción aparecía como antagónica con un uso político de la literatura» (Piglia, R. 1993: 10), la falsificación podría ser considerada como un acercamiento oblicuo, una aproximación a la ficción¹³. Una forma problemática que pretende hacer pasar por verdadero lo que no lo es; se trata de una mentira fraguada en el plano de la enunciación que, a diferencia de *las de la imaginación* –que, según Piglia, Sarmiento recomienda dejar a un lado para que la prosa logre toda su eficacia (Piglia, R. 1993: 10)–, traiciona el pacto de lectura y se consume mediante la producción no declarada de enunciados falsos sobre referentes reales.

II

La escritura de las *Tablas* es apenas posterior a la formación de una «comisión pública establecida en Montevideo para recoger testimonios sobre las atrocidades del ejército de Rosas en la República Oriental» (Rivera Indarte, J. 1945a: 21). Es decir que una de las fuentes principales de lo publicado por Indarte es el registro escrito de los relatos orales de aquellos que durante julio de 1843 –meses después del comienzo del sitio de Montevideo– se presentaron

¹² Publicado por primera vez en la *Revista del Río de la Plata* en 1871, los especialistas coinciden en situar su escritura entre fines de 1838 y septiembre de 1840.

¹³ Y aquí las *Tablas* abandonan la forma del índice o el catálogo para adoptar la de otra de sus posibles acepciones: escenario del teatro.

ante dicha comisión. En su mayor parte soldados, no son siempre testigos oculares, en algunos casos cuentan lo que les han contado, y los hechos referidos no solo abarcan la República Oriental, sino también el territorio argentino. Cada uno de ellos, por sus apellidos, constituye una entrada de las *Tablas*. Luego de una breve presentación, leemos la cita textual –no siempre precedida y sucedida por las correspondientes comillas– de su declaración, cuya sintaxis se ajusta al modelo característico:

Almirón (Teniente D. Ramón), cordobés; declaró ante la Comisión encargada de averiguar los crímenes de Rosas, que vió matar en la batalla del Quebrachito al parlamentario D. Rufino Varela, por orden de Oribe, que vió, pocos días después, degollar al Teniente Coronel Mones, porque no podía caminar; que degollaron en Córdoba a dos hombres... (Rivera Indarte, J. 1945a: 15-16).

Y si, como sostiene Paul Ricoeur (1994: 129), el testimonio es una relación dual, porque está el que testimonia y el que recibe el testimonio, un elemento de esa sintaxis de la declaración se vuelve clave para observar dicha dualidad. El incluyente *que* del estilo indirecto, que en este tipo de textos se repite con monotonía ante cada nueva estructura subordinada, recupera, mantiene presente, la instancia oral en la que alguien le contó algo a otra persona. Es una garantía no tanto de la palabra del otro en cuanto a fidelidad en la reproducción, como de la existencia de una interacción oral previa al texto escrito. El *que* es la marca del que escucha; el oyente se materializa, se mete en el discurso del otro, afirma su presencia, mediante este incluyente.

También de acuerdo con Ricoeur, «la acción de testimoniar tiene una vinculación íntima con una institución: la justicia» (Ricoeur, P. 1994: 129), donde funciona una de las usinas del relato sobre la barbarie rosista. Allí el testimonio cobrará la forma de un documento y se mezclará entre los argumentos que en el discurso histórico, periodístico o literario traccionen a favor de una posición política. Pero detrás del relato está el testigo, término cuya etimología permite a Ricoeur indagar otros usos. Para Aristóteles, los testigos no son tanto los narradores de las cosas vistas como las autoridades morales presentadas por el orador para respaldar sus opiniones; «los testigos citados son sobre todo poetas u hombres ilustres cuyos juicios poseen notoriedad pública, declamadores de oráculos, autores de proverbios» (Ricoeur, P. 1994: 133). Este tipo de voces autorizadas son las que prestarán auxilio retórico a Rivera Indarte

cuando intente demostrar por escrito que *Es acción santa matar a Rosas*¹⁴, texto apéndice de las *Tablas*.

Que la palabra griega para testigo sea *martyr* extiende las posibilidades del análisis. Cuando «el testigo es capaz de sufrir y morir por lo que cree. Cuando la prueba de la convicción se paga con la vida, el testigo cambia de nombre: se llama mártir» (Ricoeur, P. 1994: 134). Y a partir de aquí el testimonio puede ser entendido como una acción, una obra, «el movimiento de una vida, en tanto constituyen la señal, la prueba viviente de la convicción y la consagración de un hombre a una causa» (Ricoeur, P. 1994: 135).

En el capítulo I de sus *Estudios sobre la vida y escritos de José Rivera Indarte*, Bartolomé Mitre, con el objeto de determinar las causas de «nuestro atraso moral», retrocede hasta la época colonial, avanza y destaca la influencia positiva de la Revolución de Mayo, atraviesa rápidamente las décadas que la sucedieron, para luego detenerse en el presente gobernado por Rosas y entonces referirse al grupo de patriotas que ha dedicado buena parte de su vida a luchar contra la tiranía. Con alguna vacilación respecto a su propia inclusión en el homenaje a estos hombres, les dedica estas líneas:

Fieles á las tradiciones revolucionarias, renuncian a las dulzuras de la vida; comen el pan del destierro y consagran su brazo y su cabeza á la defensa de la noble causa de la libertad! Mucho hemos trabajado, mucho nos resta aun que trabajar, pero también los frutos que recogeremos serán dulces y abundantes! El árbol de nuestra libertad ha sido regado por el sudor de los trabajadores y por la sangre de los mártires: los mártires de los campos de batalla y los mártires de la inteligencia. A estos últimos pertenece D. José Rivera Indarte... (Mitre, B. 1853: XII)

Estos mártires de los que habla Mitre no son solo han visto la barbarie rosista, sino que han arriesgado su vida, entregado su sangre para enfrentarla. Su testimonio es la prueba de fe hasta la muerte que sacraliza la causa contra la tiranía; a esta clase de hombres o mujeres se dirige Indarte, pidiéndoles un último y supremo sacrificio, cuando intenta convencerlos de que *es acción santa matar a Rosas*.

Tres años después de este largo argumento a favor del tiranicidio, Esteban Echeverría reedita en Montevideo el *Dogma socialista*, con una introductoria

¹⁴ Con respecto a este texto, y volviendo sobre la idea de las *Tablas de sangre* como fuente de información/inspiración, resulta oportuno recordar lo observado por Adriana Amante: «Hay en esas páginas de *Es acción santa matar a Rosas* el esbozo de una *Amalia* sangrienta que sus contemporáneos no supieron aprovechar» (Amante, A. 2010: 569).

«Ojeada retrospectiva» que pasa revista a la actuación de aquella joven generación del 37 que quiso separarse de la herencia unitaria y tuvo que enfrentarse –hasta el exilio o la muerte– a un gobierno que no reconocía sus prerrogativas para participar de la creación y ejecución de un proyecto nacional. Después de nueve años de lucha, Esteban Echeverría dedica esta nueva edición de 1846 a «Avellaneda, Álvarez, Acha, Lavalle, Maza, Varela, Berón de Astrada y en su nombre a todos los mártires de la Patria»; y a continuación: «¡Mártires sublimes! A vosotros dedico estas páginas inspiradas por el amor a la Patria, única ofrenda que puedo hacerla en el destierro...» (Echeverría, E. 2007: 97). Para Echeverría, la figura del mártir resulta muy productiva a la hora de construirse como personaje romántico; pareciera ser un ideal que se mantiene a una distancia de la que nace el sufrimiento; una distancia que se traduce en el dolor *romántico* de no poder ser: «Envidia vuestro destino. Yo he gastado la vida en los combates estériles del alma convulsionada por el dolor, la duda y la decepción; vosotros se la disteis toda entera a la patria» (Echeverría, E. 2007: 97). Como si su condición romántica se definiera a partir de ese deseo incumplido/incumplible de ser un mártir. Si hay martirio, hay sufrimiento y muerte, un sufrimiento trascendente. El personaje romántico que encarna Echeverría sufre por no poder sufrir la suerte, la muerte, del mártir¹⁵.

Cada uno de los hombres mencionados en esta dedicatoria ya había sido recordado por Rivera Indarte en sus *Tablas*¹⁶. Los apellidos de estos mártires (con excepción de Varela, que aparece mencionado en el testimonio del teniente Ramón *Almirón*, que «vio matar en la batalla del Quebrachito al parlamentario D. Rufino Varela, por orden de Oribe», Rivera Indarte, J. 1945a: 15-16) constituyen entradas en las que se cuentan las circunstancias de su muerte. Es esta lista de mártires la que acerca las *Tablas* o, aún más, las *Efemérides* a un martirologio: el libro de los aniversarios de las muertes de los mártires y, por extensión, de los santos en general, donde se narran de manera sucinta los hechos más salientes de su vida. Para el caso de los mártires, se trata de una síntesis de sus *pasiones*, es decir, las circunstancias –generalmente, persecución por parte de algún emperador romano, encierro y suplicios– que hacen de su muerte un testimonio de su fe cristiana. El *Martirologio romano*¹⁷ fue publicado por orden del papa

¹⁵ Para Adriana Amante, la forma en que Echeverría honra a los miembros de una generación que perdieron la vida en la lucha contra Rosas puede ser vista como el diseño de su propia figura pública ante la posteridad (Amante, A. 2011: 71).

¹⁶ En este sentido, Nicolás Lucero observa: «las estadísticas de muertes y degüellos de unas *Tablas de sangre* vienen a contabilizar el mal de Rosas, y junto a él, el martirio de los justos, la apetecida figura del mártir en su lucha eufórica contra el alma perversa que denuncia, y que recíprocamente lo caracteriza con idénticos rasgos» (Lucero, N. 1992: 21).

¹⁷ Además de su característico orden calendarista, las últimas páginas de este libro contienen un índice de los nombres de todos los santos (papas, obispos, presbíteros, diáconos, profetas, mártires, vírgenes y confesores) dispuesto alfabéticamente.

Gregorio XIII en 1583. Una de las razones de dicha empresa fue la de hacerle algunos ajustes al antiguo calendario juliano y así transformarlo en el que se usa actualmente en el mundo occidental (gregoriano). La edición en castellano más cercana a la publicación de las *Tablas* y las *Efemérides* es la que aparece en Madrid, en 1791, corregida y aumentada por algunos de los Sumos Pontífices que sucedieron a Gregorio XIII.

A pesar del eventual componente sobrenatural, muchos de los textos dedicados a los mártires presentan un notable parecido con el estilo de las reseñas en que Indarte desarrolla las circunstancias de la muerte de las víctimas del rosismo. A modo de ejemplo, para el 14 de junio, en el *Martirologio* leemos: «En Soissons los Santos Mártires Valerio, y Rufino, los cuales en la persecución de Diocleciano, después de crueles tormentos fueron degollados por orden del Gobernador Riciovaro»¹⁸ (*Martirologio Romano* 1791: 153). También en junio, pero de 1831, las *Efemérides* de Indarte registran lo siguiente: «Son asesinados en Córdoba, el coronel don Juan Guadalberto Echeverría y el de igual clase don Tomás Haedo, cordobeses» (citado en Saldías, A. 1967: 426-427). Y si buscamos algo que se acerque a los pasajes más sanguinarios de las *Tablas*, para el 11 de junio, en el *Martirologio* encontramos:

En Aquileya, el martirio de los Santos Félix, y Fortunato, los cuales en la persecución de Diocleciano y Maximiano, fueron atormentados en el potro, y después les aplicaron lámparas encendidas a sus costados, y apagándose por divina virtud, les echaron sobre el vientre aceite hirviendo; y por último perseverando constantes en confesar a Jesucristo fueron degollados. (*Martirologio Romano* 1791: 151)

La muerte de los *Frías* que registran las *Tablas*, sin otorgarles la santidad, tiene algo del martirio piadoso:

(los venerables Curas D. Felipe y D. Manuel), Santafecinos; son fusilados en compañía de otros dos Curas y doce ciudadanos más el 10 de mayo de 1842. Estos eclesiásticos, antes de morir, fueron desollados en la corona y manos a pretexto de degradarlos en su carácter sacerdotal. (Rivera Indarte, J. 1945a: 46)

La segunda razón por la que el papa Gregorio decidió la publicación del *Martirologio romano* fue la de hacer una purga que separara de entre los diferentes martirologios que circulaban en la época a los verdaderos de los

¹⁸ En todas las citas del *Martirologio* se ha modernizado la ortografía.

falsos. De acuerdo con Karlheinz Deschner (*Historia criminal del cristianismo. La iglesia antigua: falsificaciones y engaños*, 1993), estos últimos fueron escritos con la intención de defender y propagar la fe cristiana y por ambiciones localistas, es decir, para obtener la fundación de una sede episcopal o un convento, o ampliar y garantizar posesiones ya adquiridas. Al parecer, por su extremada fe en la causa antirrosista, y porque –según cuentan partidarios de Rosas y repiten algunos historiadores– cada víctima le reportaría un penique, también Rivera Indarte prolongó la lista con los falsos mártires del antirrosismo.

Cuando en una carta del 6 de abril de 1844, Echeverría le explica al general Melchor Pacheco y Obes las razones por las que había tomado la decisión de no *guerrillar con la pluma*, y dedicarse en cambio a la escritura del *Ángel caído*, separa de manera tajante la misión de legar al porvenir alguna obra que sobreviviera a la coyuntura histórico-política del trabajo inútil y reprobable que –en su opinión– realizaba la prensa que participaba de la batalla contra el rosismo. Luego de descalificarla por su total ineficacia –a la hora de prestar algún servicio concreto en la contienda militar o lograr alianzas productivas con el extranjero–, se pregunta: «¿Qué dirá el porvenir de esas escandalosas falsificaciones de la historia y de los sucesos cotidianos?» (Echeverría, E. 1940: 351-352). Y contesta: «Costará mucho, amigo mío. Serán precisos largos años de incesante labor [...] para [...] borrar las manchas que ha echado a su nombre la prensa vocinglera y charlatana» (Echeverría, E. 1940: 352). Es probable que al escribir estos juicios sobre la prensa, Echeverría tuviera en mente a algunos de sus representantes en Montevideo; y es probable que entre ellos la silueta de Rivera Indarte se dibujara más claramente que la de otros.¹⁹ Ante una de sus guerrillas cotidianas, este libelista se arremanga: «Teníamos intención de no ensuciar más nuestra pluma ocupándola del inmundo Garrigós; pero este sucio ratero es tan necio y tan emperrado en sus contestaciones...» (citado en Lucero, N. 1992: 27). Esa pluma tráfuga, que guerrillea y (se) ensucia con la tierra que levanta la contienda periodística (y con la sangre que corre por las *Tablas* y se mezcla con las aguas del Plata), tuvo sin duda una importante influencia en las diversas formas discursivas del largo y finalmente victorioso relato antirrosista.

¹⁹ En una carta del 6 de junio de 1844, Echeverría lo apostrofará a Indarte en estos términos: «¿Qué doctrina social ha formulado V. en su apostolado de cinco años en *El Nacional*: qué idea nueva ha emitido, qué *importación* inteligente nos ha inoculado, qué poesía original nos ha revelado, qué intuición de su genio nos ha embutido?... ¡Apostolado para el pueblo, dice V.! Apostolado de sangre, de difamación, de inmundicia» (citada en Saldías, A. 1967: 414).

Bibliografía

Alsina, V., «Notas de Valentín Alsina al libro *Civilización y barbarie*», en Domingo F. Sarmiento, *Facundo*. Buenos Aires, Centro Editor de Cultura, 2009.

Amante, A., «El orden (¿o el desorden?)», *Poéticas y políticas del destierro. Argentinos en Brasil en la época de Rosas*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

_____, «Sociedades de revoltosos y rebenques en tiempos de Juan Manuel de Rosas», en *Dossier Redes*, en *Cuadernos del CILHA. Revista del Centro Interdisciplinario de Literatura Hispanoamericana*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, 2011.

Barbará, F., «Los santos y señas para el ejército», *Rosas: genialidades y anécdotas del tirano*. Buenos Aires, Editorial las Américas, 1948.

Borges, J. L., «El idioma analítico de John Wilkins», *Otras inquisiciones*. Madrid, Alianza Editorial, 1998.

Burke, P., «La venta del conocimiento: el mercado y la imprenta», *Historia social del conocimiento*, Barcelona, Paidós, 2002.

Deschner, K., *Historia criminal del cristianismo. La Iglesia antigua: Falsificaciones y engaños*. Barcelona, Martínez Roca, 1993.

Echeverría, E., «Echeverría defiende y justifica su obra. Carta al general Melchor Pacheco y Obes», en Esteban Echeverría (ed. y pról. de Alberto Palcos), *Dogma socialista*, Edición crítica y documentada. La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1940.

Echeverría, E., «Dedicatoria», *El Dogma socialista y otros escritos*. Buenos Aires, Terramar Ediciones, 2007.

Foucault, M., «Prefacio», *Las palabras y las cosas*. México, siglo xxi editores, 1999.

Frías, F., «La libertad», *La gloria del tirano Rosas y otros escritos políticos y polémicos*. Buenos Aires, Ediciones Jackson, 1945.

Lucero, N., *La máquina infernal. Apuntes sobre Rivera Indarte*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1992.

Martirologio romano, Madrid, Imprenta Real, 1791.

Mitre, B., *Estudios sobre la vida y escritos de José Rivera Indarte*. Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 1853.

O'Donnell, P., «Tablas de sangre», *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*. Buenos Aires, Booket, 2005.

Ong, W., «Lo impreso, el espacio y lo concluido», *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1993.

- Piglia, R., «Echeverría y el lugar de la ficción», en *La Argentina en Pedazos*. Buenos Aires, Ediciones de la Urraca, 1993.
- Ricoeur, P., «La hermenéutica del testimonio», *Fe y filosofía. Problemas del lenguaje religioso*. Buenos Aires, Editoriales Almagesto y Docencia, 1994.
- Riestra, J. S. (pról.), *Proceso criminal contra Rosas ante los tribunales ordinarios de Buenos Aires*. Buenos Aires, Bases Editorial Buenos Aires, 1955.
- Rivera Indarte, J., *Tablas de sangre. Es acción santa matar a Rosas*. Buenos Aires, Ediciones Jackson, 1945a.
- Rivera Indarte, J., *Rosas y sus opositores*, t. II. Buenos Aires, Ediciones Jackson, 1945b.
- Saldías, A., «La prensa propagandística del Plata (1843-1844)», *Historia de la Confederación Argentina*, t. II: *Rosas y su época*. Buenos Aires, Editorial Juan Carlos Granda, 1967.
- Sarlo, B. y C. Altamirano, «Esteban Echeverría, el poeta pensador», *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Sarmiento, D. F., «Los caudillos» y «Conclusiones», en *Conflicto y armonías de las razas en América. Obras completas* (editor A. Belín Sarmiento), tomo XXXVIII. Buenos Aires, Imprenta Mariano Moreno, 1900.
- _____, *Facundo*. Buenos Aires, Editorial Planeta De Agostini-La Nación, 2000.